

# LOS COMPLICICES DEL TERE

**U**NA actitud política de respeto y adhesión al régimen anterior se está convirtiendo a pasos agigantados en un intento de subversión. Las etapas de esta evolución han podido seguirse con facilidad, considerando doctrinas y comportamientos de personas y grupos: comenzaron con una sumisión pancista y renuente, destinada más bien a conservar posiciones y privilegios y a rehuir las consecuencias que podría producirles el cambio de poder. La realidad es que no tuvieron por qué temer: ni el Gobierno ni los partidos democráticos aparecieron con un espíritu que no fuera conciliador y conviviente: les bastó apenas con reivindicar y obtener su derecho a la existencia y a la acción política. Se trataba, sobre todo, de que los españoles nos demostrásemos unos a otros que éramos capaces de un tránsito de régimen sin traumas graves. Un referéndum primero, unas elecciones generales después, demostraron sin lugar a dudas que una mayoría inmensa de la población deseaba y se adhería activamente al cambio de régimen.

El respeto a las minorías residuales de un régimen muerto, acabado mucho antes de la muerte física de su fundador, agotado en sí mismo y por dos veces —porque se habían agotado en el mundo occidental los regímenes de su cuerda, y porque había llegado a un inmovilismo y a un abandono que estaba dañando seriamente al país—, hizo que éstas, con una psicología autoritaria y una soberbia alimentada por los largos años de ejercicio de un poder omnímodo sobre las grandes mayorías, fueran utilizando los privilegios conservados, los puestos de poder y mando que se les habían respetado, con actitudes contrarias al espíritu de renovación del país, con maniobras de retraso, y que recobrasen la sensación de seguridad en sí mismos que habían perdido.

Hay aquí una culpabilidad grave del Gobierno y del partido gubernamental: la de no haber cortado de raíz la intentona solapada de esta minoría de resistentes. Puede atribuirse a varias razones. Una, que el Gobierno y el partido gobernante, formado de prisa y corriendo para ocupar la vacancia del poder, procedía en sí mismo y en gran mayoría del régimen caído, aunque algunos hubieran marcado desde antes distancias académicas y convenientes, lo cual les hacía moverse siempre en un grupo de "amigos" y en una constante del régimen del que procedían: no dañar a los suyos, a los de la misma camada. Otra, un considerable miedo a la fuerza de aquellos que empezaban ya a diseñarse como sus enemigos, y la esperanza de convertirlos, de hacerles ver que un Gobierno de la derecha llamada centro no iba a acabar con sus



privilegios ni con los puestos, y en ningún caso iba a trastocar seriamente el reparto de la riqueza ni las grandes alianzas mundiales. Un tercer error, el del cálculo del tiempo. Hemos repetido muchas veces que los aprendices del franquismo admiraron en su maestro su ritmo peculiar, su desprecio por las urgencias y por las prisas, y que lo que en él era virtud política —desde el punto de vista de mantenimiento en el poder—, en sus sucesores era grave. La transición había que hacerla, sin duda, con suavidad y sin daños, pero con toda urgencia. La urgencia ha sido nula, y esta misma Constitución en cuyas vísperas estamos ha sido la de más lenta elaboración de la historia del país.

No le ha faltado a esta culpabilidad la colaboración de los partidos democráticos. Como nuevos ricos recién entrados en sociedad, en la sociedad elegante y displicente de la aristocracia de los herederos del franquismo, se han comportado con timidez y con torpeza. Casi, casi, como si no se creyeran lo que les estaba pasando. El miedo a volver al purgatorio les ha hecho aceptar extremos de consenso por los que nunca debían haber pasado. Se han devaluado como partidos doctrinales, renunciando a sus antiguas esencias sin proponer otras nuevas. Han dejado perder la ocasión par-

lamentaria, reduciendo el alcance de los Plenos y el vigor de los debates. Se han dejado robar sus temas: unos, cediéndolos al partido gobernante; otros, dejándolos en la cuneta de las buenas intenciones. Han sostenido una guerra de taifas: hombres contra hombres, partidos contra partidos, divisiones en cada partido, terror a cualquier forma de unidad que pudiera quitar a cada uno una hegemonía que en realidad no tenía o que, a este paso, no va a tener jamás. Han exasperado al militante, al elector. Han hecho perder al país ilusiones y esperanzas.

No parece ilógico que en todo este medio acobardado y novato las minorías del antiguo régimen —y, más claramente, unas minorías activistas dentro de las minorías políticas— estén pasando velozmente al tercer estadio: el intento de subversión. Estamos asistiendo ya a una ofensiva generalizada de una extrema derecha golpista que ya no vacila en proclamar a gritos su exigencia de una dictadura militar, su petición de que el Ejército asuma el poder. Que lo capitaliza, o lo quiere capitalizar, todo. Desde los muertos que quiere sacralizar y en realidad está profanando al utilizarlos con rituales que no son los del culto a la muerte, sino los del llamamiento a la subversión, hasta los pequeños descuidados

# TERRORISMO

nocturnos. Están capitalizando el mismo desastre económico, político y social que ayudaron a producir con su lenidad, su incompetencia y su corrupción: porque todo este drama de la sociedad española actual no tiene más nombre real que el de franquismo. Insultos al Gobierno, amenazas a la democracia, incitaciones a la rebelión: toda la panoplia subversiva está ahora en sus manos.

Son los colaboradores del terrorismo. Forman cuerpo con él. No hay más que ver con qué cinismo sus explotadores vuelven el argumento contra las víctimas y no contra los culpables: el Gobierno, el intento de democracia, la estabilidad del pueblo español son las víctimas a las que se dispara y bombardea a través de víctimas per-

sonales inocentes —civiles, militares o policiales—, y estos terroristas del grito y el libelo colaboran con el terrorismo activamente al disparar palabras y al urgir acciones contra el Gobierno, la democracia y la estabilidad del pueblo español. Una forma de exaltar el terrorismo es ayudarle a cumplir sus fines. Si sus fines son los de soliviantar a las Fuerzas Armadas y de Orden Público, lo que están haciendo estos grupos de minorías activistas, entre las cuales es extraño ver, a veces, a políticos que deberían tener mayor responsabilidad en sus palabras y saber qué abismo están tratando de abrir, es contribuir a la exaltación que se pretende. Es decir, colaborar en un intento de subversión como están tratando de producir los terroristas, los asesinos.

## El golpe

**T**ODO quizá "ha sido obra de un grupo de locos", o un intento "descabellado", como dicen los periódicos atribuyendo estas calificaciones a fuentes militares: oficialmente, en un texto de la Secretaría de Estado para la Información, "los hechos no revestían características de gravedad, pero se han apreciado indicios suficientes sobre algunas de las informaciones, por lo que se ha ordenado la apertura del correspondiente procedimiento de carácter judicial para depurar, y en su caso sancionar, las responsabilidades a que hubiera lugar": a lo que parece, un grupo de conjurados, militares de profesión y en activo, preparaban en la noche del 16 al 17 de noviembre la "Operación Galaxia" —nombre de la cafetería madrileña en que se reunían—, que consistiría en la irrupción en el palacio de la Moncloa, en Consejo de Ministros, y la detención o secuestro del presidente Suárez; según unas fuentes, el golpe llegaría al Rey; según otras, se aprovecharía su ausencia en el extranjero. La información, dada exclusivamente por los periódicos —la nota de la Subsecretaría de Estado es mezquina de información—, es escasa, pero suficientemente inquietante. El Gobierno a quien el pueblo va a votar el 6 de diciembre, a quien el pueblo va a conceder una Constitución insuficiente tiene derecho de saber más: nombres, personas, cantidades, planes, detenciones, castigos, fondo de la cuestión. Los hechos quizá "no revistan carácter de gravedad": lo que se sabe, lo que se sospecha, lo que se rumorea, sí. Quitarle gravedad es contarle todo. La coincidencia con el incidente de Cartagena, algo más que falta de disciplina de un general frente al vicepresidente primero del Gobierno, teniente general Gutiérrez Mellado, antenebrece más la cuestión.

El Gobierno y las altas autoridades mili-

tares han dado una respuesta de hechos que parece tranquilizadora y que es suficientemente acertada: el Rey no ha interrumpido su viaje a Latinoamérica —aunque, según informaciones, se mantiene continuamente informado por teléfono del desarrollo de los acontecimientos—, los altos jefes militares se han reunido con el presidente del Gobierno y el único militar que ha citado el tema es el coronel Mateos, de quien se dijo que había recibido una incitación a la rebelión y que había informado a sus superiores inmediatamente: al desmentir conjuntamente los dos extremos, el jefe del regimiento de Infantería Acorazada Alcázar de Toledo dice que "la preocupación por el bienestar de la tropa, el cuidado del costoso material, la resolución de los mil y un problemas diarios y el mejoramiento de la instrucción, etcétera, es nuestra única actividad", y añade esta frase: "Dejando para los médicos la Medicina, para los abogados la abogacía y para los políticos la política".

Un movimiento de "cuatro locos" que da origen a noches en vela en los palacios, a refuerzos de la guardia, a reuniones de urgencia de altos jefes militares, indica que quizá podría llegar a ser algo más, aunque todas las personalidades civiles consultadas en estos momentos hayan dicho que no existe la posibilidad de un golpe militar en vísperas de la Constitución, como ya lo dijo tiempo atrás el teniente general Gutiérrez Mellado. Pero el ambiente se ha enrarecido, se ha endurecido: hace falta, sería y urgentemente, limpiarlo, despejarlo de esta gravísima polución. Son las altas autoridades civiles y militares del reino quienes deben hacerlo, tomando todas las medidas y contándonos a sus concludados lo que ha pasado, lo que podría haber pasado y lo que ya no puede pasar. O lo que puede pasar todavía. ■

Sucesos como los registrados la semana pasada en España son, dentro de una gran gravedad, reconfortantes. Han sido muy escasos los militares que se han dejado llevar por la exaltación producida. La seriedad y la firmeza con que el ministro de Defensa, teniente general Gutiérrez Mellado, reprimió personalmente algún acto de indisciplina en Cartagena, y la colaboración inmediata que le prestaron militares de alta graduación cuando se la requirió, la apertura de procedimientos judiciales para otras actitudes que pudieran estar tipificadas en el Código de Justicia Militar, la serenidad del Ejército considerado como un todo, constituyen motivos de satisfacción.

Todos estos cómplices del terrorismo, al mismo tiempo que lo explotan y lo multiplican en sus posibles efectos, lo están estimulando. Los asesinos van viendo ya que su acción está arrancando esquivas de éxito, que están consiguiendo lo que se proponen. En el País Vasco y en todo el país. No es extraño que se crean a punto de conseguir el éxito que desean. Difícil de analizar. Porque si provocan la situación que están buscando, no habrán conseguido más que desmoronar por un tiempo más las posibilidades españolas de democracia y convivencia, y muchos de los políticos que los estimulan no saldrían beneficiados de ello. La provocación es enteramente visible.

Será erróneo si el Gobierno y los partidos políticos creen que la Constitución del 6 de diciembre va a poner un freno al instinto de subversión. La República española tuvo una Constitución en 1931 y una subversión definitiva en 1936: los golpes para derrocar constituciones han sido hasta ahora múltiples, en España y fuera de ella. La Constitución, se ha escrito en estas páginas, ha perdido ahora el valor intrínseco y jurídico de su texto, para convertirse en una frontera entre las minorías autocráticas y las mayorías democráticas. Hay que votarla afirmativamente el 6 de diciembre —y las campañas que parte de la izquierda emite contra ella son campañas suicidas y también colaboradores contra el terrorismo: no porque la Constitución no sea lo que ellos denuncian, sino porque es una barricada, una línea de separación— como actitud defensiva. Cada vez está más claro que una abstención o un voto negativo es una defección de la democracia y un arma que se entrega no ya a la derecha —que está más que representada en el texto constitucional—, sino a la subversión.

La única defensa de la democracia es la democracia misma: llevándola adelante sin restricciones, sin politiquerías, sin discusiones de galgos y podencos y con una sensación fuerte de lo que la inmensa mayoría de un país es capaz de hacer, se habrá salvado la situación. A partir del momento en que la subversión no se tolere ni un momento más. Ya se ha perdido demasiado tiempo. ■